

DESPUÉS DEL CIELO

ENRIQUE MOLINA

Ese sol que ella rige es el pan y la sopa,
con esmaltadas uñas rojas maneja el fuego
[de los
condimentos, deleites
de comensales descoloridos al son de la tribu,
nutritivas substancias que huelen y humean.
Día a día
es fiel a su evangelio de moscas, a sus
[mandamientos
de carne asada, pescados fritos, papas hervidas,
[vinos,
el sexo abisal del agua y praderas doradas.
O quizás yace solitaria y muda bajo las fuentes,
con una sonrisa dolorosa
cuando el oscuro viento del sueño sopla en su
[hornalla,
al compás de la radio, premios del Concurso de
[Belleza,
conversaciones de comadres entre cajones de
[huevos y
verduras.
Se escuchan pasos y voces en la casa, se
[acercan y se
pierden
en el fondo de un cielo recubierto de cáscaras.

Desde la ventana, en la cocina, a veces,
con un anillo de oro, un señor blanco y
[obsceno
—que no existe en el mundo—
le hace señas tan lejos y la invita a bailar bajo
la lluvia;
y fluye la música
entre los ajés y el sordo furor de la mostaza,
porque la vida es famélica y ella ignora a
[qué muerte
alimenta,
a qué insaciable hambre de payaso
con su tortilla que se desvanece a la luz de
[los años.

La obedecen también muebles, escobas,
[camisas;
las frustraciones cotidianas son polvo o
[caricias baldías,
su arte es succulento y fatal, arde en los huesos,
hace brillar el atún y los largos fideos
para el que ronca su súplica animal a lo largo
[de la
noche,
porque ella es la reina del hogar, de empapada
[lengua.

Es el orden
de la mujer, misterioso y monótono
desde el fondo de la dicha perdida. <

[VUELTA NÚM. 45, 1980]